

SU MUERTE

El Dr. Enrique Núñez, algo agotado por el duro bregar al frente de la Secretaría de Sanidad y Beneficencia, proyectó realizar un viaje de descanso a los Estados Unidos, aunque el propósito no era solamente de descanso y recuperación de fuerzas, sino también de estudiar la parálisis infantil, enfermedad con la que las autoridades sanitarias cubanas se habían enfrentado en distintas épocas y siempre temían su propagación.

Pero en tierra norteamericana tiene la desdicha de sufrir un accidente automovilístico y de lesionarse una pierna, que al parecer no tuvo importancia en sus inicios, pero como era diabético se le formó un grave absceso que hizo intervenir quirúrgicamente y en forma rápida dada su característica. Se realizó la operación pero tuvo graves complicaciones al presentársele una infección virulenta que lo llevó a la tumba, el 15 de septiembre de 1916, a la edad de 44 años.

Su muerte produjo profundo pesar en toda la República de Cuba. Se trataba de uno de sus hijos más valiosos, soldado de la guerra de independencia, médico cirujano, no solamente de manos hábiles, sino que creó técnicas quirúrgicas en Cuba, gobernante constructivo, que dejó una excepcional obra de carácter sanitario y hospitalario, en que trazó pautas y señaló orientaciones en los sistemas a seguir.

El Dr. Enrique Núñez y Palomino fue un hombre polémico, combatiente y combatido, no rehuía a lucha, la afrontaba siempre con valor y decisión. Siendo secretario de Sanidad, recibió duras críticas, pero él sonreía, jamás refutó ningún ataque. Las medidas que dictaba era en cumplimiento de su deber como gobernante, no estaban inspiradas ni tenían ningún carácter político partidista, ni de ningún otro interés que no fuera los de la Salud Pública.

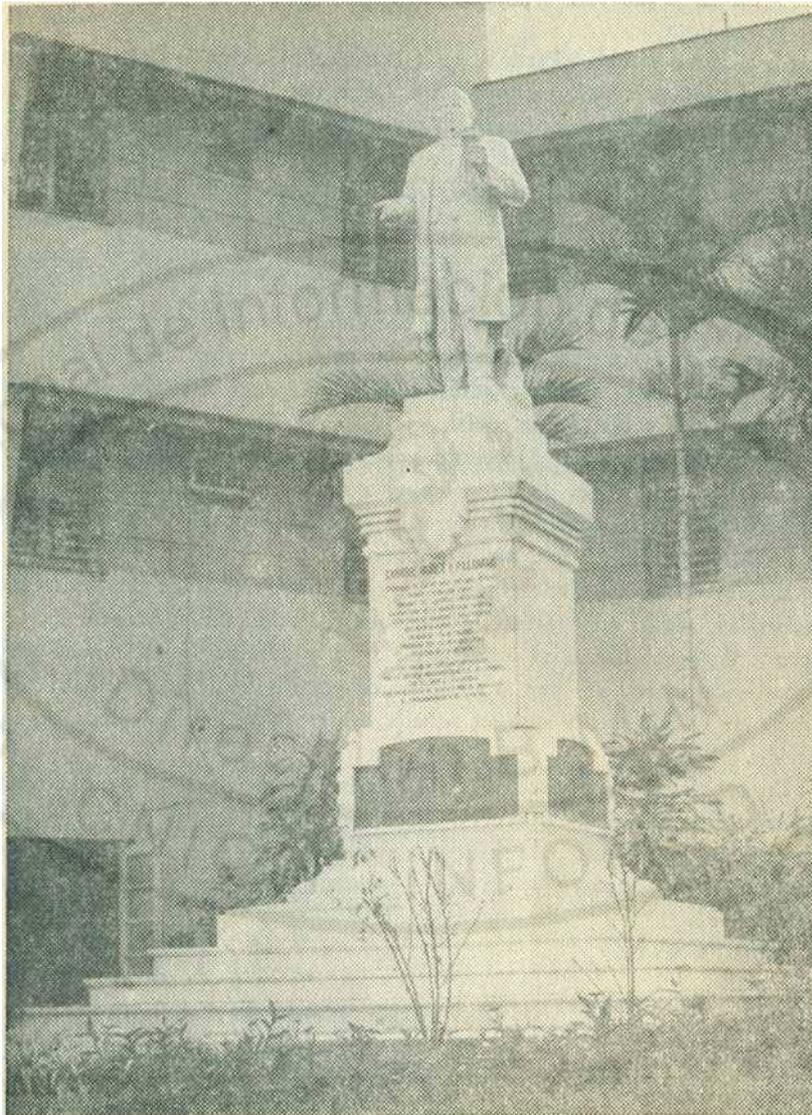
Era muy popular como sanitario y hasta los que criticaban su actuación y lo combatieron despiadadamente, ante la noticia de su fallecimiento, ento-

naron loas, como el caso del periodista Constantino Cabal, que desde las columnas del periódico «Diario de la Marina» fue un crítico implacable a la labor sanitaria de Enrique Núñez. Se explicaba esa actitud, ya que «Diario de la Marina» era defensor de los intereses de la industria, el comercio y todo lo que representaba el capitalismo en aquella época.

El citado periodista publicó un artículo en homenaje postumo que tituló «De una deuda», donde entre otras cosas afirmó: «Nosotros tenemos una deuda con el doctor Enrique Núñez. Se ha muerto sin que pudiéramos pagársela... Fue en los tiempos en que el doctor Núñez intensificaba con mayores entusiasmos y también con mayor rigorismo, su campaña sanitaria. El doctor Enrique Núñez era hombre de ideales generosos que nadie podía discutir». «Y su ideal —dice— más intenso, más arrullado, más rico, era el de la grandeza de su patria. A esta grandeza consagró su vida, sus ambiciones, sus estudios, sus esfuerzos. Todo lo que soñó fue para ella; todo lo que emprendió fue para ella. Los que más lo combatimos, jamás tuvimos la duda de que bajo su labor se escondiera una pizca de egoísmo, ni una migaja de cálculo. Discutimos la eficiencia de su obra y nunca la abnegación de quien la realizaba. Y vimos siempre en él tanta pureza, tanta dedicación al trabajo, tanto deseo de triunfar en todo, que le hemos atribuido con justicia esta pregunta de Arnauld: ¿No tenemos toda la eternidad para descansar? ¡Ahora es cuando descansará por primera vez el doctor Enrique Núñez!»

«Buscaba —dice Cabal— la perfección: quería una política cubana limpia de toda impureza, una economía cubana horra de toda inquietud, una sanidad cubana libre de todo peligro. Paciencia para hacer esto es lo que faltaba al doctor Núñez. Atendía más a su ciencia, a su celo, a su deseo que a la misma realidad, y no le complacía ir poco a poco. La realidad le colocaba obstáculo, y él pisaba los obstáculos para seguir su camino; la realidad le amontonaba al paso gran número de derechos e intereses, y él no reconocía más derechos que los que les llevaban a su fin, ni más intereses que los de su patria. Entonces fue cuando su labor tropezó con nuestra labor de periodista.»

Finalizó su artículo Constantino Cabal, diciendo: «Una vez, en el calor de aquella lucha de fiebres, nosotros escribimos una frase que sabía a hieles del sarcasmo. Hicimos mal, pecamos de injusticia, sobre nuestra lealtad, colocamos entonces una sombra, y nos creímos unidos al doctor Enrique Núñez por una deuda de arrepentimiento. Ahora se la pagamos; ha muerto, pero no importa; ahora se la pagamos en tristeza y en pesar, en recuerdo y en angustia. El era caballero y generoso; cuando hoy vea a nuestro espí-



Monumento al doctor Enrique Núñez, erigido en el hospital «Calixto García».

ritu arrodillado sobre su sepulcro, él querrá alzar una mano en busca de nuestra mano.»

En el barco escuela «Patria», de la Marina de Guerra de Cuba, fue trasladado el cadáver de tierras norteamericanas a Cuba, donde se le rindieron los más altos honores, no ya por su jerarquía militar, sino por su condición de Secretario de Sanidad y Beneficencia. Su cadáver fue tendido en el salón rojo del Palacio Presidencial y su sepelio fue una imponente manifestación de duelo, no por el carácter oficial que se le dio, concurriendo todo el gobierno al mismo, sino por el calor de pueblo que tuvo. La ciudadanía habanera espontáneamente se unió a este duelo en reconocimiento a la labor extraordinaria de Enrique Núñez, que como Secretario de Sanidad, se preocupó de la atención de las clases desheredadas del país, combatió las epidemias sin fijarse qué intereses afectaba, acabó con la zona de tolerancia, por ser un antro de vicios y un cáncer social.

Tuvo calor de pueblo el sepelio del doctor Enrique Núñez, con excepción de las calles comerciales de la denominada «Habana Vieja» donde una sola casa comercial, el almacén «Gutiérrez, Cano y Cía» colocó un paño negro en sus balcones. Las demás, ni un crespón.

Ello se debió, sin duda alguna, a que Enrique Núñez como Secretario de Sanidad, afectó severamente, por razones de salud pública, todos los comercios de aquel barrio al inundar de agua y fumigar aquella zona para acabar —como acabó— con la epidemia de peste bubónica que se había desatado en La Habana y que en aquella demarcación tenía su foco de infección.

En contraste con esa actitud omisa de la clase patronal de aquella zona, el pueblo de La Habana concurrió silenciosamente al sepelio del doctor Enrique Núñez, a despedir para siempre a quien fuera un gran médico, un gran cirujano, un gran patriota, un buen gobernante, un gran sanitario y un gran cubano.